



IV

LA GRECIA Y LA ITALIA.—Carácter propio de la filosofía griega.—Escuela jónica; Tales.—Escuela itálica; Pitágoras.—Escuela de Elea; Senófanes; Heráclito; Anaxágoras.—Los sofistas; Protágoras y Gorgias.—Sócrates; su doctrina y su influencia.—La Academia; Platon; su época; su doctrina y su influencia.—Escuela peripatética; Aristóteles; su método; su doctrinas y su influencia; sus obras.—Escuela cinica; Antistenes y Diógenes.—Escuela cirenaica; Aristipo.—Epicuro; su filosofía y sus doctrinas.—Pirron y su escepticismo.—Escuela estoica; Zenon.—Ciceron.—Poetas.—Historiadores.

La Grecia, de la cual nos vamos á ocupar ahora, heredó su filosofía del Asia y del Egipto, pero la imprimió su carácter particular. En todo el Oriente, á partir de la China, la India, la Persia, la Caldea, y terminar en el Egipto y en la Etiopía, la filosofía presenta algo de estable y uniforme, como todas las demás instituciones, las leyes, los gobiernos, las costumbres, las artes y los hábitos propios. En la Grecia es ya muy diferente. Colonizada por poblaciones venidas de diversos países, habitada por razas de distinto origen, entrecortada por el mar en islas, en penínsulas y en promontorios, dividida en una multitud de pequeños Estados, teniendo cada uno su forma propia de gobierno, la Grecia imprimió su actividad y variedad natales en la filosofía como en todos los demás. La sabiduría no será allí el privilegio de una casta, sino un bien sin dueño, que cada uno podrá cultivar á su antojo; no está encerrada en el secreto de los templos; se presentará en las calles, en las plazas, en los paseos y en las tiendas; no se expresará en lengua desconocida ni en jeroglíficos; hablará la lengua vulgar, la lengua de los siervos y de los artesanos, lengua dulce y armoniosa; no pretenderá dominar como soberana; querrá complacer á un pueblo espiritual, voluble y curioso, y con este motivo cambiará á menudo de tono, de modales, de traje, de doctores, y algunas veces de doctrina, sin romper, sin embargo, con el Oriente.

Tales, que para la generalidad fué el primer sábio de la Grecia, no era griego, sino fenicio. Lo sabemos por Herodoto y Diógenes Laercio. Este último cita tambien para confirmacion de su testimonio á Duris, á Demócrito y á Platon. Este le hace descender de Cadmo, que fué el primero que llevó á la Grecia las letras del alfabeto. En cuanto á Plutarco, reprocha á Herodoto como rasgo de malicia haber admitido como primer sábio de la Grecia á un fenicio y á un bárbaro. Pero Herodoto, que vivió un siglo despues de Tales, es un testimonio más fidedigno que Plutarco, que vivió siete

siglos despues de Herodoto. Plutarco, además, no da prueba alguna en contrario; conviene tambien en que Tales no fué á Mileto de Jonia sino en edad ya muy avanzada (1).

En Fenicia fué donde nació Tales el año 639 antes de Jesucristo, cuando el santo rey Josias comenzaba á reinar en la Judea. Vivió cerca de cien años, y fué contemporáneo de Lao-Tseu y Confucio en la China; de Gutama, una de las principales encarnaciones de la Buddha, ó bien uno de los principales filósofos del buddhismo en la India; de Zoroastro en la Persia, y de los profetas Jeremias, Daniel y Ezequiel. Tenia cuarenta años en la época en que Jerusalem, tan próxima de la Fenicia, fué tomada é incendiado el templo. Siendo de una familia ilustre, debió naturalmente tener conocimiento de las profecías que Jeremias mandaba á los reyes de Tiro y Sidon. Como su lengua era la misma que la de los hebreos y como los dos pueblos tenían juntamente relaciones íntimas hacia ya dos siglos, es igualmente natural el pensar que conoció los libros de Moisés. Su filosofía parece tomada de los primeros versículos del Génesis. Dice que el agua fué el primitivo elemento de las cosas, y que Dios es la inteligencia que ha formado todas las cosas del agua (2). Los antiguos griegos daban al agua el nombre de caos, y recíprocamente. El príncipe de los Apóstoles se expresa en cierto sentido literal sobre este punto como el príncipe de los sábios: San Pedro, como Tales, dice que el mundo, sacado del agua, subsistia por el agua (3). Moisés habla el mismo lenguaje cuando dice

(1) Diog. Laert., *Vida de Tales*; Plutarco., *De magnig. Herodot.*

(2) Cic., *De nat. deor.*, l. I, núm 10. *Thales aquam dixit esse initium rerum; Deum autem, eam mentem quæ ea aqua cuncta fingeret.*

(3) 2. Pet., 3, 5... *Cæli erant prius, et terra de aqua et per aquam consistens Dei verbo.*

que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas ó el caos primitivo.

Tales definia á Dios, un sér que no tiene principio ni fin. Habia viajado por Egipto bajo los reinados de Psammético y de Necas, y habia hecho amistad con los sacerdotes de este país. En su tiempo, los reyes de Egipto y de Etiopía se enviaban recíprocamente enigmas que adivinar, cuestiones que resolver, como se ve por el ejemplo de la reina de Saba, que estaba en uso en tiempo de Salomon. El año 563, de vuelta ya á Grecia, Periandro, tirano de Corinto, le dió un célebre banquete, al cual, Plutarco, cuya relacion compuso, hizo asistir á los sábios contemporáneos, Solon de Atenas; Pitágora de Mitilene, en la isla de Lesbos; Rias de Priene, en el Asia Menor; Cleóbulo, de la isla de Rodas; Quilon de Esparta, y el señor del festin, Periandro, con el escita Anacarsis, Esopo y algunos otros.

Durante este banquete, que es llamado el banquete de los siete sábios, fueron á decir á Tales que el rey de Egipto, Amasis, habia dirigido muchas cuestiones al rey de Etiopía, y que habia recibido de él las siguientes respuestas: «¿Qué cosa es la más antigua? El tiempo. ¿La más grande? El mundo. ¿La más sábia? La verdad. ¿La más bella? La luz. ¿La más comun? La muerte. ¿La más útil? Dios. ¿La más perjudicial? El demonio. ¿La más constante? La fortuna. ¿La más fácil? El placer.»—«Algunas de estas respuestas no son admisibles, dijo Tales; todas están vaciadas en el molde del error y de la ignorancia. En primer término, ¿cómo puede el tiempo ser la cosa más antigua dividiéndose en pasado, presente y venidero? Este último es ciertamente ménos antiguo que los hombres y que los acontecimientos actuales. Decir que la verdad es la sabiduría, es, en mi concepto, confundir el ojo con la luz. Si, por otra parte, la luz es, segun el rey de Etiopía, la cosa más bella, ¿por qué no designar el sol mismo? En cuanto á las demás respuestas, las que ha dado sobre los dioses y los demonios son tan atrevidas como peligrosas. Lo que dice de la fortuna es completamente irracional; si es tan constante y tan poderosa, ¿cómo cambia con tanta facilidad? En fin, la muerte no es la cosa más comun, puesto que no existe entre los vivos.» Tales no se contentó con vituperar las respuestas que le habian dado, sino que creyó de su deber hacer otras, que todos los convidados aprobaron, y que merecen ser transcritas: «¿Qué cosa hay más antigua? Dios, porque es eterno. ¿Más grande? El espacio: contiene el mundo, que él mismo comprende todo. ¿Qué cosa hay más bella? El mundo, porque es obra de Dios. ¿Más sábia? El tiempo: ha descubierto ó descubrirá todo. ¿Más comun? La esperanza: permanece siempre, aun en aquellos que nada tienen. ¿La más útil? La virtud: hace usar bien de todo. ¿La más nociva? El vicio: corrompe todo con su presencia. ¿La más fuerte y constante? La necesidad: sólo ella es invencible. ¿La más fácil? Lo que es conforme á la naturaleza: se cansa con frecuencia del placer mismo (1).»

(1) Plut., *Banquete de los siete sábios.*

La necesidad de que habla Tales, no era, en los principios de este sábio, más que la resolucion fija y el poder inmutable de un sér provido. Esta observacion es de Estobeo (1). Plutarco la hace igualmente cuando añade á la palabra de Tales: «Demócrito y Parménides decian que todo se hacia por las leyes de la necesidad, pero que esta necesidad era lo mismo que el destino, la justicia, la providencia, el poder que ha hecho y sostiene el mundo (2).»

La máxima favorita de Tales era: Conócete á tí mismo. Es el primero que nos dice la historia que predijo un eclipse de sol. Despues de haber vivido cerca de un siglo, murió en esta ocasion: asistia á los juegos de la lucha, cuando el calor del día, la sed y las enfermedades de la vejez le ocasionaron una muerte repentina. Fué en la antigua filosofía griega el jefe de la que se ha llamado escuela jónica, á causa de haber pasado los últimos años de su vida en Mileto de Jonia.

Se ha encontrado sobre una de las puertas de esta ciudad una inscripcion curiosa, y que hace ver que el nombre del verdadero Dios no era desconocido en este país. Esta inscripcion, que está en griego, dice en todas sus letras: *Jehováh, siempre santo, guardad la ciudad de Mileto, así como á todos sus habitantes* (3).

Mientras que Tales comenzaba el reinado de la filosofía en el Asia Menor, otro sábio lo fundaba en Italia; este era Pitágoras, nacido, segun algunos, en una isla del mar de Toscana, segun el mayor número, en la isla de Samos, hacia el año 580 antes de Jesucristo, segun la opinion más acreditada, porque nada hay seguro ni sobre el lugar ni sobre la época de su nacimiento. Despues de haber sido durante algun tiempo discípulo de Ferecides de Esciros, habitó largo tiempo en Egipto, recorrió la Fenicia, el Asia Menor, fué hasta la Persia, la Caldea y la India.

Era precisamente el tiempo en que Daniel era el jefe de los sábios de Babilonia. Al decir de Jámblico, estuvo muchas veces en el monte Carmelo, en el cual habia habido, si es que no existia todavía, una escuela de profetas. Porfirio, en la vida de Pitágoras, dice expresamente que tomó de los hebreos. Hermipo, en su vida del mismo filósofo, añade que trasladó á su filosofía muchas opiniones y usos de los judíos (4).

Al volver de sus viajes, fijó su residencia en la Italia meridional, llamada entonces la magna Grecia, en la ciudad de Crotona, en casa del famoso atleta Milon. Fundó allí una escuela de filosofía, conocida bajo el nombre de escuela itálica. Era quizá ménos una escuela que una congregacion religiosa, cuyo superior general era Pitágoras. Para ser recibido en ella, era necesario sufrir largas y diversas pruebas. Estas pruebas abarcaban la fe y el régimen del comer y del beber, los vestidos, el sueño y los ejercicios gimnásticos; todo tendia en ella á

(1) Stob., *Eclóg. phys.*, c. 8.

(2) Plut., *De placit. phil.*, l. 1, c. 24.

(3) Spon., *Viaje de Italia y del Levante*, t. 1, p. 424.

(4) Apud Joseph., *Cont. Apion*, l. 1.



fortalecer el alma purificándola, á sujetar los sentidos, á hacer soportar las privaciones y vencer el dolor, á acostumar el espíritu á los hábitos de la meditación. Los pretendientes debían guardar silencio durante dos, tres ó cinco años, segun que eran más ó ménos inclinados á hablar. Únicamente entonces eran iniciados en la doctrina secreta; porque habia una doctrina pública para la generalidad de los oyentes. Lo que en ella habia de misterioso, se confiaba únicamente bajo juramento del más inviolable secreto. Todos sus discípulos tenían sus bienes en comunidad; habitaban juntos en un vasto edificio, y allí seguían durante el día una regla cuya austeridad era templada por el paseo, el canto, la música instrumental, la danza, la lectura de los poetas. La frugalidad de sus comidas no admitía ni carne ni pescado; el vino estaba prohibido á los que tenían una vida contemplativa; todos vestían una túnica blanca; las ceremonias religiosas y los sacrificios se mezclaban con los trabajos del estudio.

En cuanto á la doctrina de Pitágoras sobre Dios, San Justino, Clemente de Alejandría, Lactancio, San Cirilo de Alejandría, la resumen en los siguientes términos: «Oigamos lo que dice Pitágoras; hé aquí cómo habla: Dios es uno; no habita, como algunos piensan, fuera de los límites del mundo sino que, residiendo completamente en sí mismo, contempla, en la órbita universal, todas las generaciones; es el centro de todos los siglos, el obrero de todo su poder y de todas sus obras, el principio de todas las cosas; es la luz en los cielos, el padre de todos, el alma y la vida de todo, el motor de todas las órbitas.» Así habla Pitágoras (1).

San Justino cita también del mismo estas otras palabras: «Si alguno dice: Yo soy Dios, además de aquel que uno, debe hacer un mundo semejante á este, y decir: Este mundo es mío; no solamente debe decir y hacer así, sino que debe también habitar el mundo que habrá hecho, como el que es uno lo hace en el mundo actual (2).»

Pero donde se ve más detallada la doctrina de Pitágoras y de su escuela sobre Dios y sobre la creación, es en el tratado del pitagórico Timeo de Locres, titulado: *Del alma del mundo*, y en el diálogo de Platon, titulado: *Timeo*, porque es un desenvolvimiento del otro escrito. Se lee en el primero:

«Antes de la formación del cielo, existía la idea, la materia, y Dios, Demiurgo ó el mejor artífice.

«El Dios Eterno, el Dios padre y jefe de todos los seres, no puede ser concebido sino por el Espíritu. Es siempre el mismo, no engendrado, no producido.

«La idea es increada, inmutable, permanente, siempre la misma, inteligible modelo de todos los seres engendrados, sujetos á cambio.

«La materia es la pasta, la madre, la nodri-

(1) S. Just., *coh. ad græc. ed. Hen. Setph. Clem. Alex., Admonit. ad gentes*, p. 47; Lact., *Inst. div.*, lib. V; S. Cyr. Alex., *Cont. Jul.*, lib. I.
(2) S. Justino, *De monarchia*.

za, la que engendra la tercera naturaleza ó el ser sensible. Por sí misma, no tiene forma ni figura, sino que recibe de ellas todas las formas y todas las figuras; se hace divisible cuando llega á ser cuerpo; este es el ser siempre otro ó siempre cambiado. Llámase la materia, lugar, capacidad.

«Como lo que es más antiguo vale más que lo que es más nuevo, lo que está arreglado es mejor que lo que no lo está; Dios, bueno por esencia, viendo que la materia recibía todas las formas y se entregaba de todas maneras, sin regla alguna, á toda clase de variaciones, quiso someterla al orden y á variaciones regulares más bien que irregulares, á fin de que las diferencias de los cuerpos se correspondiesen y no fuesen ya abandonadas al acaso.

«Dios hizo, pues, este mundo de toda la materia, constituyéndole límite de la naturaleza de los seres, porque encierra todo en él, y le hizo uno, único, perfecto, animado y razonable, porque lo que es animado y razonable es mejor que lo que no lo es, y le dió un cuerpo esférico, porque es la más perfecta de las figuras.

«Habiendo, pues, querido hacer Dios una producción excelente, hizo este dios producido (el mundo), que no podrá ser nunca destruido por otra causa que por la de aquel que la ha formado, si alguna vez él lo quiere. Pero no es propio de un ser bueno resolverse á destruir una obra excelente hecha por él mismo. El mundo subsistirá, pues, siempre tal como es, incorruptible, indestructible, dichoso.

«De los seres producidos es el que tiene más estabilidad y fuerza, porque ha sido hecho por el autor más poderoso; no segun un frágil modelo, sino segun la idea y la esencia inteligible, sobre la cual ha sido de tal manera ejecutado y concluido, que ha llegado á ser muy bello y nunca tendrá necesidad de ser reparado.

«Es completo en lo que concierne á los seres sensibles, porque es el modelo cuya expresión representa, porque comprendía en él las formas ideales de todos los animales posibles sin excepción. El modelo era el universo inteligible: el mundo es la sensible expresión del modelo.»

Después de haber hablado de la formación del sol, de la luna, de las estrellas errantes ó fijas, así como de sus diversas revoluciones, Timeo añade:

«Llámanse partes del tiempo los períodos que Dios ha ordenado al formar el mundo. Porque los astros no existían antes del mundo, ni por consiguiente el año, ni las sucesiones periódicas de las estaciones, por las cuales se mide la duración de este tiempo engendrado. Este tiempo es imagen del tiempo increado que llamamos eternidad. Porque de la misma manera que este mundo ha sido formado á imagen del mundo eterno é inteligible, del mismo modo también el tiempo ha sido producido con el mundo, segun el modelo de la eternidad (1).»

(1) Timeo de Locres, edic. de Lebatteux. *Item, inter opera Platon.*



Véase aquí que, en el pensamiento de Timeo, como lo dirá expresamente Platon, el tiempo no ha comenzado sino con la organización del mundo, con las revoluciones del sol y de la luna. Todo lo que existía antes, como la materia primera, es más allá del tiempo. Por esta razón más que por otra alguna, Timeo dice que esta materia es eterna, pero no inmutable, y que, por otra parte, se nos muestra Dios más antiguo que la materia.

Habla después de la tierra, de la creación de los animales y del hombre, de su cuerpo y de su alma, de las virtudes y de los vicios, de las recompensas y de los castigos que le esperan después de la muerte, y termina su relación por estas palabras: «La justa Nemesis es la que arregla todo esto en una segunda vida con los genios terrestres, vengadores de los crímenes de que han sido testigos. El Dios árbitro de todas las cosas les ha confiado la administración de este mundo inferior compuesto de dioses, de hombres, de animales de todas las especies que han sido formados, segun el modelo perfecto de la idea increada, eterna, puramente inteligible.»

En esta exposición de la doctrina pitagórica, se ve, pues, un Dios eterno, más antiguo que todo, visible únicamente al espíritu, que crea el mundo de una manera informe, como se dice en el libro de la sabiduría (1). Este mundo es muy bueno y muy bello, como se dice en el primer capítulo del Génesis (2).

Pitágoras fué el primero que llamó el universo con el nombre de *cosmos*, que significa orden, disposición, armonía. Es equivalente de la palabra hebrea *Seba*, plural *Sabaoth*, que el latín produce por *adorno, ejército* (3).

«Pero qué es esta idea eterna, increada, inmutable, siempre la misma, original, inteligible de todas las criaturas? ¿No es la inteligencia, la sabiduría viviente, en la cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios? (4). Sabiduría concebida por Dios antes de todos los tiempos, y que estaba con él disponiendo todas las cosas (5); sabiduría, razón eterna, por la cual todo ha sido hecho, y sin que nada haya dejado de ser hecho por ella (6), que contiene en sí misma, por consiguiente, las ideas de todos los seres posibles.

«Pero qué puede haber de verdad respecto de esta alma del mundo, de que habla Timeo, y que forma también el título de su libro? Es quizá una oscura noción del espíritu de Dios que se cernía sobre las aguas, que las cubría, las fomentaba, es decir, como habla San Ambrosio, vivificándolas para convertirlas en nuevas criaturas, y por su calor animarlas á la vida; que acabó la perfección de la creación, segun lo que está escrito: «Los cielos han sido afirmados por el Verbo de Jehová, y su ejército por el espíritu de su boca (7).» Espíritu del

Eterno, que llena el universo y contiene todas las cosas (1); espíritu vivificador de todo, y por consiguiente, creador, porque está escrito: «Emittid vuestro Espíritu; y todas las cosas serán creadas (2).»

Timeo distingue el alma del mundo del Dios criador; otros filósofos dirán que esta alma es Dios mismo. Como se puede atribuir el poder creador al Padre, la inteligencia al Hijo, el amor ó la vida al Espíritu Santo, las dos opiniones se concordarían en un fondo de verdad. El Espíritu, que anima el mundo con su soplo vivificante, es distinto del Padre, y sin embargo, es el mismo Dios con él.

Esta proposición, Dios ó el Espíritu Santo, es el alma del mundo, tomada en el sentido rigoroso que está unido á él ahora, es inadmisiblemente; supone que Dios y el mundo no forman más que un solo ser compuesto, del mismo modo que el alma y el cuerpo no constituyen más que un solo hombre; pero en el sentido de los antiguos filósofos es algo tolerable. Segun ellos, como Santo Tomás lo ha notado en Platon, el alma no está unida al cuerpo sino como el piloto á la nave; de suerte, que el hombre no es un ser compuesto de un alma y de un cuerpo, sino un alma sirviéndose del cuerpo (3). En este sentido, Dios podría ser llamado el alma del mundo, porque el mundo es para él como un vestido, un carro, un pabellón. Para hablar exactamente, es necesario limitarse á decir que Dios es como el alma del mundo. Esto no es más que una comparación que insinúa lo que hay en ello de semejante, pero no paridad.

También es posible otra cosa. Más de un filósofo antiguo distinguía en el hombre el alma racional del alma sensitiva, tal como existe en los animales, y del alma vegetativa, que es la de las plantas. Parece, pues, que muchos han distinguido de un modo semejante dos almas en el universo: la una increada, primitiva; Dios mismo, animando este universo como el rey anima todo un imperio; la otra, secundaria, instrumental, creada como el principal resorte para el gobierno de este mundo. En cada planta, además de la providencia creadora de Dios y bajo su mano, hay un principio vegetal, un alma vegetativa que dirige las raíces hacia abajo, el tallo al exterior, y esparce la savia por todas las partes; en cada animal, además de esta misma providencia y bajo su mano, hay un principio sensitivo, un alma sensitiva que ve, oye, palpa, huele, gusta por los órganos exteriores; del mismo modo en todo el universo, bajo la mano de la Providencia divina que le sostiene y le comunica el ser con más fuerza y afinidad todavía que el alma respecto del cuerpo, hay, en opinión de algunos filósofos, un principio común de vitalidad, una especie de alma universal, un receptáculo primitivo de espíritu vital, de fluido eléctrico, magnético, etc., causa inmediata del principio de cohesión en el mineral, del principio de vegetación en la planta, del principio

(1) Sap., 11, 18, segun el griego.
(2) Gen., 1, 31.
(3) Gen., 2, 1.
(4) Coloss. 2, 3.
(5) Prov., 8, 30.
(6) Joan., 1, 3.
(7) Ps. 32.

(1) Sap., 1, 7.
(2) Ps. 103; Hieron. *Quæst. hebr. Gén.*
(3) S. Thom. *Contra gentes*, l. II, 6, 27; *Summa*, q. 70, a III.



de sensibilidad en el animal; misterioso Océano, cuyas olas circulan en toda la creación del sol á la tierra, de un sol á otro para operar, bajo la dirección de los ángeles á quien Dios ha confiado la administración de este mundo, mil y mil diversos fenómenos. Además, el misterioso y viviente carro que en las visiones de un profeta sirve de trono al Eterno, podría entenderse casi de esta suerte. Concebiríase entonces que Dios haya creado realmente esta alma con alguna cosa análoga á las armónicas proporciones de los elementos celestes y terrestres con que han creído los pitagóricos que Dios la había hecho.

Decimos con alguna cosa análoga, porque tomada literalmente la explicación de Timeo, es la mayor parte de las veces ininteligible ó absurda. Dios compuso el alma del mundo, dice, mezclando la esencia indivisible con la divisible, de suerte que de las dos no hizo más que una, en la cual fueron reunidas las dos fuerzas, principios de los dos movimientos, uno siempre el mismo, otro siempre diverso. La mezcla de estas dos esencias era difícil y no se hizo sino con mucho arte y esfuerzos. Las relaciones de las partes mezcladas siguen á aquellas cuyos números armónicos Dios ha elegido así, á fin de que no se ignorase de qué y por qué regla el alma había sido compuesta.

Habla después de estos números; pero aun los mismos antiguos no conocían nada más oscuro. Timeo añade que Dios compuso el alma humana de las mismas relaciones y de las mismas cualidades, y que, habiéndola dividido, dejó la distribución de ella á la naturaleza alteradora. Esta, tomando el lugar de Dios en esta parte, compuso los animales mortales y efímeros, y vertió sobre ellos, como por infusión, las almas extraídas, unas de la luna, otras del sol ó de alguno de los astros errantes en la región del ser mudable; exceptuando una muy pequeña parte del ser inmutable, que fué mezclada á la parte racional del alma para ser un germen de sabiduría en los individuos privilegiados. Porque en las almas humanas hay una parte que tiene la inteligencia y la razón, y una parte que no tiene ni la una ni la otra. Pues bien, lo que hay más exquisito en la parte racional, procede del ser inmutable, y lo que hay en ella de vicioso, procede del ser mudable. Estas ideas parecen tomadas de los sacerdotes del Egipto, á quienes Pitágoras había consultado en sus viajes.

Del mismo modo que los brahmanes de la India, y quizá gracias á ellos, Pitágoras y sus discípulos tenían, sobre el sistema del mundo, ideas á las que han hecho justicia los descubrimientos modernos. Decían que la tierra era redonda, habitada todo al rededor; que en ella había antípodas; que el centro del globo era la parte inferior, y que lo que se apartaba de él, la superior; que la tierra giraba sobre sí misma y al rededor del sol; que este mismo se movía circularmente, así como la luna (1). Se equivocan, pues, mucho los que se imagi-

(1) Diog. Laert., *Vida de Pitágoras*; Plut., *De placit. philos.*, l. 4, c. 13.

nan que semejantes nociones no eran conocidas antes de Copérnico.

Hasta Pitágoras, los hombres que se dedicaban á los conocimientos intelectuales se llamaban sofí ó sofistas, es decir, sábios. Pitágoras, el primero, tomó un nombre más modesto, y se llamó filósofo, es decir, amante de la sabiduría. Pero cuanto menores eran sus pretensiones por el nombre, tanto más procuraba por la cosa misma. Su escuela, con sus pruebas, sus misterios, sus juramentos, debía ser una vasta corporación, no solamente científica y religiosa, sino política. Quería, según todas las apariencias, introducir en Occidente algo parecido á las cartas de los sábios del Oriente, á los letrados de la China, á los brahmanes de la India, á los magos de la Persia, á los sacerdotes del Egipto, para dominar á la vez con las doctrinas, el culto y el gobierno. Hé aquí sin duda la causa secreta de las violentas oposiciones que se levantaron contra esta institución, y que la hicieron desaparecer en el espacio de dos siglos.

La autoridad de Pitágoras era grande entre los suyos: sólo estas palabras, *el maestro lo ha dicho*, eran para ellos una prueba sin réplica. Para conducirlos hasta este punto, empleó más de un medio, no solamente las ciencias, en las que se le atribuyen importantes descubrimientos, sino cierto aire de misterio que ponía en todo. No era cosa fácil ser admitido á verle; hablarle era un favor con que se envanecían los pocos que lo conseguían. No es todo: había llevado del Oriente la doctrina de la metempsicosis. En esta trasmigración, el alma olvidaba todo lo que había sido en un estado precedente. Por el favor de Mercurio, Pitágoras conservaba una memoria fiel de todo. Se acordaba, pues, muy bien; decía que había sido en otro tiempo Etalides, y que había pasado por hijo de Mercurio, que le concedió por esta razón el don de la memoria. Llegó después á ser Euforbo, se encontró en el sitio de Troya, en donde fué peligrosamente herido por Menelao. Después, su alma pasó á Hermótimo; y en aquel tiempo, para convencer á todo el mundo del don que Mercurio le había hecho, se fué al país de Branquides, entró en el templo de Apolo é hizo ver su escudo podrido, que Menelao, al volver de Troya, había consagrado á este Dios en señal de su victoria. Después de Hermótimo llegó á ser el pescador Pirro, y en fin, el filósofo Pitágoras, sin contar que había también sido antes gallo de Micila y pavo real de no sabemos quién.

Aseguraba que en los viajes que había hecho á los infiernos, había visto el alma del poeta Hesíodo amarrada con cadenas á una columna de bronce, en la que era muy atormentada. En cuanto á la de Homero, la había visto suspendida de un árbol, y estaba rodeada de serpientes, á causa de todas las falsedades que había inventado y atribuido á los dioses, y que las almas de los maridos que habían vivido mal con sus mujeres, eran rudamente atormentadas en aquel país.

En otra ocasión, Pitágoras mandó hacer una profunda cueva en su casa. Dícese que rogó á su madre escribiese exactamente todo lo que pasase en su ausencia. Se encerró en su



cueva, y después de haber permanecido en ella un año entero, salió de ella sucio, horroroso y seco. Hizo reunir el pueblo y dijo que regresaba de los infiernos; y á fin de que diese fe á lo que quería hacer creer, comenzó por contar todo lo que había pasado durante su ausencia. El pueblo se conmovió terriblemente; pensó al punto que había algo de divino en el filósofo; todos se pusieron á llorar y prorupieron en grandes gritos. Los hombres le rogaron instruyese bien á sus mujeres: de aquí el que las mujeres de Crotona hayan sido llamadas pitagóricas. Pitágoras se encontró un día en los juegos públicos; hizo venir á él, por ciertos gritos y exclamaciones, un águila que había domesticado sin que nadie supiese nada de ello: todo el pueblo se admiró extraordinariamente. El filósofo, para hacer la cosa más especiosa, hizo ver á toda la asamblea una pierna de oro atada á su muslo.

Hacia profesión de entender en presagios y en augurios. Tenía principalmente un respeto extraordinario á las habas; y no solamente no las comía, sino que huyendo un día ante sus enemigos que le perseguían, encontró en su camino un campo de esta legumbre que le era necesario atravesar para ponerse en salvo; pero no pudo resolverse á profanarle con su planta. Vale más morir aquí, dijo, que hacer perecer todas estas pobres habas. Otros cuentan su muerte de distinta manera; pero hay el mismo desacuerdo que respecto de su época y lugar de su nacimiento (1).

Los principales discípulos de Pitágoras han sido:

1.º Timeo de Locres, cuya doctrina hemos visto más arriba.

2.º Ocelo de Lucania, bajo cuyo nombre existe un pequeño tratado de *La Naturaleza del universo*.

En él se ven, para probar que el universo es eterno, muchos razonamientos que prueban perfectamente que el universo es un ser eterno, inmutable, es decir, Dios, pero en manera alguna que éste sea el universo que nosotros vemos. Lo que dice sobre la santidad de la unión conyugal, es singularmente notable, sobre todo en boca de un pagano.

«Por lo que respecta á la procreación de los hombres entre sí, y á las leyes de santidad y de modestia que deben regularla, en cuanto al objeto y en cuanto á las personas, me parece, dice, que es necesario, desde luego, establecer que el hombre no debe proponerse otra cosa que dar vida á los hombres; todo otro modo de ver el asunto es ilegítimo. Dios no ha dado á los hombres las facultades, los órganos y los deseos, para procurarles sensaciones agradables, sino para asegurar la perpetuidad de su especie. Porque como no era posible, según las leyes de la naturaleza, que cada individuo nacido mortal gozase de las prerogativas de la divinidad, Dios, para suplir esto, estableció las generaciones, cuya infinita serie llena la eternidad que falta á los individuos. La primera consideración que hay que hacer, es,

pues, que el deleite no es el fin de la unión conyugal. Es necesario considerar después la relación de cada hombre en este estado con el todo: siendo parte de una familia, de una ciudad y sobre todo del mundo, debe ayudar á reparar las pérdidas diarias de la especie; sin que sea desertor de su cargo en su hogar, en su patria, en el universo, que en la ciudad de Dios. Los que por una sola vez tengan otro objeto, violarán manifiestamente los derechos más sagrados de la sociedad. Y si sucede que estos hombres lleguen á ser padres en su brutalidad, sus hijos serán viciosos, perversos, dignos objetos del odio de las familias, de los hombres, de los dioses, de los demonios y de las ciudades. Penetremos, pues, de estos principios. No nos parezcamos á las bestias, á las que sólo conduce el instinto; no veamos más que la belleza del efecto y su necesidad. Porque según el pensamiento de los sábios, es bello y necesario que las casas estén llenas de familias numerosas y que la tierra esté cubierta de hombres tanto como sea posible (y sobre todo de hombres virtuosos), siendo el hombre el más perfecto y el más manso de los animales. Reine la santidad en los matrimonios, y las ciudades estarán bien regidas por las leyes, las casas particulares por las costumbres, y los pueblos serán amigos de los dioses. Es el mayor contento y satisfacción ver que las naciones, ya griegas, ya bárbaras, han sido admiradas en su gobierno y en su conducta, no cuando han tenido muchos habitantes, sino cuando han estado llenas de gentes de bien (1).»

Según estas palabras del filósofo, lo más importante no es el número de los hijos engendrados, sino el número de los hijos conservados y bien educados. Aquel, pues, que como el sacerdote católico, renuncia á llegar á ser el hombre de una mujer, y ser para siempre el hombre de Dios y el hombre del pueblo, adorar más perfectamente á aquel, servir más completamente á éste, inspirarle inclinaciones virtuosas, la santidad conyugal á las esposas, una vigilante solicitud á los padres y madres, una respetuosa docilidad á los hijos, la paz, la concordia, la caridad á todos, aquel, sin duda alguna, llena completamente y aun más los votos de Ocelo de Lucania. La reprobación de este antiguo sabio no recae sino sobre el libertino que no se aleja de un legítimo matrimonio ó no entra en él sino para satisfacer más libremente brutales pasiones.

3.º Filolao de Crotona, de quien Filon, el judío, ha conservado este pasaje: «Dios es el Jefe y el Soberano de todas las cosas, siempre uno, eterno, inmutable, semejante á sí mismo y diferente de todo lo demás (2)»; y Clemente de Alejandría, este otro, relativo al pecado original del hombre: «Todos los antiguos teólogos y adivinos afirman que el alma está unida al cuerpo en castigo de algún crimen, y

(1) Diog. Laert., *Vida de Pitágoras*.

(1) Ocelo Lucano, trad. por Lebatteux, c. 4.

(2) Phil., *De mundi opific.*